Meditación del Padre Marko I. Rupnik

Jubileo a la Curia Romana

Santo Padre. Venerables padres, hermanos y hermanas en Cristo.

Se me ha solicitado preparar una ayuda para la meditación sobre la misericordia en la vida cotidiana.

Pavel Florenski, un pensador genial, cristiano, de vida santa y mártir, siempre repetía que la vida es un tejido relacional; que la vida se desarrolla a través de las relaciones y que en las relaciones de la vida relacional el hombre se revela a sí mismo, su contenido. Y hay dos posibilidades, según él. El individuo se revela a sí mismo, la persona, como sabemos, teológicamente, revela a otro, dentro de un rostro cristiano hay siempre otro, dentro del cristiano vive la iglesia porque participamos de aquel que dijo: el que me ve a mí ve al Padre. Por lo tanto, en la historia, lugar del conocimiento de la persona, vale esto para el hombre, porque la historia es un misterio y vale también para Dios, a Dios lo conocemos en la historia.

En el éxodo Dios se presenta así: “Yo experimento una visceral conmoción por el hombre”. Y desde las primeras páginas de la biblia, tenemos a Dios que se encamina sobre las huellas del hombre. Y todo este libro, la biblia, es el relato de esta búsqueda.

Dios es el único que puede cubrir la distancia que separa al hombre perdido, pecador, muerto, del Dios viviente; el hombre por sí solo no puede abarcar esta distancia porque significaría que podría abarcar el pecado y la muerte. Y esto no lo puede. Y esta capacidad de Dios para cubrir tal distancia y alcanzarnos, es la identidad de Dios hacia nosotros y hacia la creación. A esto nos referimos cuando hablamos de la misericordia divina.

En el Oficio Maronita del Sábado Santo:

Buen Pastor  
para buscar tu oveja   
te has rebajado  
fuiste elevado sobre la cruz  
y desde ahí, de arriba,   
viste que se había   
convertido en polvo  
Ahora, descendiste al lado de él  
al gran sheol   
te inclinaste sobre el polvo  
la has llamado con tu voz  
la has resucitado  
la pusiste sobre tus hombres  
y la has hecho   
subir al cielo contigo.

Esta misma imagen que, de hecho, se encuentra en el logo del Jubileo, lo encontramos también en este bellísimo himno de San Efrén Cirio:

El pastor de todo  
ha bajado   
a buscar a Adán,  
la oveja que se había perdido  
sobre su espalda la ha levantado  
alzándola  
él era una oferta  
para el dueño del rebaño  
bendita su bajada  
tú has descendido  
al hades  
para buscar tu imagen destruida  
como un pobre  
como un mortal  
tú has descendido   
y has bajado la escalinata   
del abismo de los muertos  
tu misericordia  
se ha reconfortado  
viendo a Adán  
reintegrado al redil.

La misericordia es como la comunión; en sentido estricto, la comunión es solo la vida de Dios; y la misericordia es nombre solo de Dios. Estas dos cosas, el hombre no puede ni inventarlas ni realizarlas más que cuando es alcanzado por la misericordia y empieza a participar de la vida que es comunión. Entonces, ambas cosas no son obra nuestra. Cuando el hombre se esfuerza por realizar la comunión, confundiéndola, por ejemplo, con la comunidad, que es simplemente el lugar donde se realiza la comunión, antes o después, el hombre se cansa porque la comunión se realiza en modo pascual.

Estas dos cosas no las podemos hacer, podemos solo revelarlas. Pienso que debemos estar muy atentos porque en un clima de un fuerte antropocentrismo, el individuo que hace todo, se pone a hacer también obras de misericordia. No, el hombre se convierte en lugar de la revelación de la misericordia porque comienza a vivir según la vida de Dios, es decir, incluyendo al otro. La existencia de Dios, como decían los antiguos padres griegos, en su modo de ser, que es su modo, el Padre existe ya incluyendo al otro, al Hijo, etc., la existencia de Dios es incluyente, implica, y cuando el hombre recibe esta vida, comienza a vivir así, se convierte en una revelación.

Para poder ver mejor como el hombre puede revelar su realidad, su contenido, y cuál es el verdadero contenido que el hombre, en la historia, puede revelar como iglesia, podemos referirnos a algunos pasajes bíblicos, tan bien conocidos que ni siquiera hace falta leerlos.

Por ejemplo, el capítulo 15 de Juan, cuando dice Cristo: Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador, permanezcan en mí. Para dar fruto, es necesario permanecer en Cristo. La primer cosa interesante es que, el Padre que es el viñador, poda, corta. Nosotros estamos siempre bajo el riesgo de comenzar a ajustarnos (perfeccionarnos) a nosotros mismos; una vez, bajo una idea, otra según una corriente cultural, pero siempre nosotros que nos hacemos a nosotros mismos. Es muy bello. Pero no. El Padre corta, poda, y el Padre nos purifica.

Y nosotros sabemos que hay dos podas descritas; la primera es aquella que corta las ramas, que es muy delicada porque si uno no sabe hacer una poda, con toda seguridad va a destruir la vid. Podar una vid es arte y conocimiento. Pero la segunda poda es más delicada, porque ya han nacido los primeros botones de la vid, y un podador que no sepa su trabajo, seguramente va a cortar también esos frutos que están naciendo. Por esta razón, Juan emplea la palabra «purificar» no podar: «Los que dan fruto los purifica para que den más». Solo así se dará más fruto; y solo el viñador, solo el Padre sabe cuál es el fruto verdadero que debe dar una persona. Porque la historia pedirá a la persona cómo debe revelarse